

EL PRIORAT, LA RIOJA Y UTIEL-REQUENA ASPIRAN A SU RECONOCIMIENTO COMO PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

Donde la vid se hace paisaje

JESÚS ÁVILA GRANADOS

Con más de 2.700 años de antigüedad, la cultura vitivinícola de nuestro país es una de las más antiguas del mundo occidental. Fruto de esta actividad, que se remonta a los tiempos de iberos, celtas y romanos, es un paisaje de gran personalidad, que engloba a pueblos y gentes, así como un patrimonio histórico-artístico y arqueológico, impresionante, aunque no siempre bien conocido.

Indistintamente, y por diferentes iniciativas, se han presentado en la UNESCO tres proyectos relacionados con paisajes culturales del viñedo español, para ser reconocidos como Patrimonio de la Humanidad. Estas candidaturas se corresponden con espacios naturales de gran tradición vitivinícola, localizadas en el Priorat, la Rioja y la comarca Utiel-Requena, y se da la circunstancia de que, todas ellas, encuentran un denominador común: unas raíces culturales basadas en el aprovechamiento de los recursos del suelo, en los cuales hubo una actividad vitivinícola con más de 2.700 años de antigüedad, que luego perduró en centros monásticos medievales donde la filosofía de *ora et labora* fue toda una forma de vida.

A la sombra del Montsant

Iniciamos este singular viaje por la comarca del Priorat, en el interior de la provincia de Tarragona, porque en ella, sobre la ladera meridional de la poderosa mole rocosa de la Serra del Montsant, a mediados del siglo XII, se fundó Scala Dei, la primera cartuja de nues-

tro país, por monjes llegados de la Grand Chartreuse, los primeros grandes viticultores monacales de España; ellos fueron los grandes *pater vinarius*, garantes de una cultura enológica que estaba recuperándose en la Edad Media.

Scala Dei se encuentra en el centro-norte de la comarca del Priorat, exactamente a 22 km de Falset y a 5 km de La Morera de Montsant. La *cartoixa* (cartuja) de Scala Dei representa el símbolo espiritual y laborioso de la comarca, de la cual adquirió su nombre —“Priorat”—, de prior o superior de la congregación de monjes cartujos. La fundación se remonta al año 1163; cuando Albert de Castellvell, señor supremo de estos territorios, tras la conquista de Siurana, a petición del monarca Alfonso II de Aragón, hizo una donación de tierras de Poboleda a un tal Ramón de Vallbona, facilitando de este modo el asentamiento de un grupo de eremitas moradores de diferentes lugares del Montsant y unos monjes franceses llegados de Provenza. La fundación provisional fue en 1172, y tuvo lugar cerca de la villa de Poboleda, y sus miembros se acogerían a la regla de San Bruno. Dos monarcas aragoneses —Pedro I y Jaime I— no escatimaron esfuerzos para ayudar a esta comunidad; y fue en 1203 cuando los monjes

decidieron trasladarse, desde Poboleda, al definitivo lugar que hoy nos conmueve el ánimo al contemplar entre la ruina y la desolación, pero de una grandiosidad aún intacta pese a los estragos del tiempo.

En este definitivo asentamiento tuvo un papel decisivo —según la tradición popular— la opinión aportada por un pastor, quien aludía a unas visiones de ángeles subiendo y bajando a través de una larga escalinata que se perdía en el firmamento; los monjes vieron en estas manifestaciones la decisión divina del lugar en donde debían levantar la futura cartoixa; de ahí la denominación del complejo monástico: “Scala Dei” (escalera del Señor). De cualquier modo, no podía encontrarse un lugar más adecuado para la congregación, orientada a mediodía; la cartuja estaba, al mismo tiempo, respaldada de los vientos del norte por los altos paredones rocosos de la Serra del Montsant.

En esos años fundacionales cada monje poseía una sencilla celda y un pequeño huerto adjunto. Las primeras celdas fueron levantadas en torno al patio destinado a cementerio, el cual convirtieron en un humilde claustro. En el sector meridional se alzaba la iglesia, que mostraba una imponente sencillez. Esta cartuja tuvo altos benefactores; a expensas del patriarca de Alejandría, Juan de Aragón, fueron construidas nuevas celdas y un nuevo patio llamado “dels Rosers”; Berenguer Gallart, en 1403, ordenó la construcción de seis nuevas celdas y otro pequeño claustro en la parte posterior de la capilla del Sagrario. Entonces la comunidad contaba con 30 monjes y 15 legos. La riqueza de la cartoixa iba en constante aumento. Fueron numerosos los pueblos bajo su jurisdicción, entre otros: La Morera, Poboleda, Porrera, Gratallops, Torroja, Bellmunt, o La Vilella Alta.

Allí, en aquel paradisiaco entorno, los monjes fueron desarrollando un arte noble: el de la viticultura, toda una industria que progresivamente iba a convertirse en la principal fuente de riqueza de la comarca. Ellos, los cartujos, fueron por lo tanto los verdaderos *pater vinatius*, a los que tanto les deben los prioratins de hoy. Durante muchos siglos, la cartoixa de Scala Dei fue toda una garantía para la comarca del Priorat. Los monjes construyeron grandes *cellers* (bodegas), en donde madurar el vino de la región, al tiempo que trazaban una tupida red de establecimientos y almacenes necesarios para su mejor distribución. El siglo XVIII fue la época de mayor esplendor de la cartuja: la iglesia se revistió de mármol, se agrandó la sacristía y las capillas, al tiempo que se construía el monumental frontispicio de la fachada de entrada a las diferentes dependencias monásticas, que aún se conserva, así como la interesante fachada de entrada a la plaza de la portería y la amplia arcada de medio cañón que la precede. Pero dos acontecimientos históricos irían a destruir este esplendor: la Guerra de la Independencia, primero, y las desamortizaciones (1834-35), después; dejando a Scala Dei, la

primera de las cartujas de la península Ibérica, en una pura ruina, después de haber sido objeto de terribles saqueos y feroces incendios.

Y fuertes son las razones por las que este territorio ha decidido solicitar a la UNESCO que el paisaje del viñedo de esta comarca sea declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad, como lo confirma el presidente de la Denominación de Origen Calificado Priorat, Toni Alcover: “El reconocimiento del Priorat como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO supondría para la DOCa Priorat un impulso a su papel como región vitivinícola y paisajística de referencia en Europa y en el mundo. Supondría reconocer las características que dan una fuerte personalidad a nuestra región, como pueden ser su orografía singular que condiciona una arraigada viticultura heroica, un terruño único marcado por la presencia de la pizarra “Illicorella” o la belleza de unos pueblos que mantienen intacta su relación con la vida rural. Se trataría de un gran estímulo para continuar en la línea de una agricultura tradicional respetuosa con la gran biodiversidad de la zona y que pueda combinarse con una oferta enoturística sostenible. La cultura del vino podría ponerse en valor desde las premisas que marcan la identidad propia de esta denominación”.

El Ebro, como referencia

La Rioja es, sin duda, el territorio hispano con mayor tradición vitivinícola a nivel mundial; y cuando hablamos de La Rioja, nos referimos tanto a la Comunidad Autónoma en sí, con capital en Logroño, como a la zona norte, llamada Rioja Alavesa, ya en tierras de Euskadi, que tiene como referencia espacial la poderosa sierra de Cantabria, con pueblos tan emblemáticos como Labastida, Laguardia, Samaniego, etc., donde el aire que se respira transmite esencias del mejor mosto. Precisamente, un bodeguero de Samaniego, Fernando Remírez de Ganuza, está potenciando el paisaje del viñedo en su zona, mimando las vides como si de un jardinero del paisaje se tratase; las vendimias las realiza de noche, para que los frutos mantengan el frescor más tiempo en los lagares.

También en la Comunidad Autónoma de La Rioja una larga tradición monacal, transmitida desde los grandes cenobios como los de San Millán de la Cogolla (con Yuso y Suso), Valvanera o los de centros urbanos como Santo Domingo de la Calzada y Nájera, donde la cultura de la vid y el arte de elaborar un buen vino prendió desde los siglos medievales y han formado parte del sentir de las gentes. El monje Mateo de Anguiano, en 1704, así describía su tierra: “La Rioja es país tan ameno y delicioso, que abunda de todos frutos y de calidad que no necesita que la entren de fuera, como precisan otras provincias”.

Valvanera —de “Vallis Venaria” (el valle de las venas de agua)— es uno de los conjuntos monásticos más in-

terezantes y desconocidos de la geografía española, lugar cargado de mitos y leyendas. La primera comunidad cenobítica se remonta al año 954, cuando esta tomó la regla de San Benito. Pero el primer documento histórico conservado, relacionado con la abadía de Valvanera, es del año 1092, correspondiente a un privilegio de Alfonso VI de Castilla. Precisamente a este monarca le debemos la construcción de la segunda iglesia, que fue románica; la actual, sin embargo, iniciada en 1465 y terminada en el primer tercio del siglo XVI costeada por la poderosa familia de los Manrique de Lara, es gótica tardía. Este cenobio estuvo estrechamente relacionado con Gonzalo de Berceo, representante destacado del mister de clerecía, autor del romance palatino y de las primeras estrofas del castellano como lengua universal. Los edificios más antiguos conservados son la torre románica y la iglesia. Junto al monasterio se halla también una hospedería abierta al público.

La virgen negra de Valvanera, patrona de La Rioja, que preside en camarín el altar mayor de la iglesia abacial, está envuelta en una curiosa leyenda, relacionada con un tal Nuño, ladrón de oficio, quien en una ocasión, estando agachado, oculto entra la maleza y esperando el momento oportuno para sorprender a un humilde labriego que araba la tierra con sus bueyes, oyó cómo el campesino imploraba al Altísimo para que su tierra diese frutos que alimentasen a los buenos y malos. Nuño, al oír aquellos cánticos, no tardó en reflexionar sobre su vil comportamiento y perdonó la vida de aquel campesino, mientras escuchaba del cielo unas voces divinas que le indicaban dónde encontrar una virgen, un panal de abejas y una arqueta con reliquias. Como guiado por una fuerza sobrenatural, Nuño llegó al lugar de Valvanera, donde halló un milenario roble, que contenía en su interior todo cuanto iba buscando. Por ello, la virgen de Valvanera está relacionada con los robles —una de las especies vegetales sagradas para los antiguos celtas— y con el alimento que nos ofrecen las abejas.

Por tierras levantinas

En el interior de la provincia de Valencia, formando parte de los municipios de Utiel y Requena, se extiende una zona conocida ya como territorio bobal, en justo homenaje a la más emblemática de las variedades de vid que, desde tiempos antiguos, se viene cultivando en esta zona, como lo confirman los diferentes yacimientos arqueológicos excavados. Si en los dos territorios anteriores —Priorat y La Rioja— sus viñedos tienen un referente documental muy claro, basado en instituciones religiosas de origen medieval, aquí, en tierras levantinas, fueron los primitivos iberos quienes pusieron los cimientos de una cultura vitivinícola cuya tradición ha logrado mantenerse ininterrumpidamente a lo largo de cerca de tres

milenios. Fruto de ello, como sucede en los dos territorios anteriores, es un paisaje de una peculiar belleza, que cambia adaptándose al peculiar ritmo de las cuatro estaciones.

Del ancestral cultivo de la vid en estos pagos levantinos da valioso testimonio el yacimiento de Las Pinillas, un asentamiento ibero considerado como el centro productor de vino más antiguo de España. Ubicado en el margen derecho de la rambla de Los Morenos, próximo a la pedanía de Los Duques (Requena), en su interior han aparecido grandes bloques calizos en los que, desde finales del siglo VII a. de C., se excavaron lagares para el pisado y la extracción del mosto que, con la fermentación, se convertiría en vino. Se trata de dos pilas o pequeñas albercas, a diferente nivel y comunicadas por unos orificios que permiten que, por el sistema de pisado y decantado, el mosto pase de la pilla superior a la inferior para su recogida y fermentación.

Si en el Priorat y La Rioja los viñedos tienen su origen en órdenes religiosos medievales, en tierras levantinas fueron los iberos los primeros viticultores

Otro tipo de testimonio que vincula a esta comarca con la producción de vino es el yacimiento de las Casillas del Cura, de Venta del Moro, en el cual se ha podido comprobar cómo, en el siglo VI a. de C., se elaboraban ánforas y otras cerámicas relacionadas con la producción y el consumo del vino. También, en el Molón de Camporrobles y en Los Villares, de Caudete de las Fuentes, se han encontrado evidencias que vinculan estos yacimientos con esta sagrada bebida, incluso semillas de vid.

“Estos atributos de Antigüedad y Pervivencia que definen la tradición vitivinícola del Territorio Bobal se expresan no solo en manifestaciones arquitectónicas, paisajísticas y culturales que evidencian la simbiosis entre la cultura vitivinícola y el espacio geográfico formado por los nueve municipios, sino que en este largo proceso de formación del paisaje y la identidad cultural se ha producido un fenómeno de adaptación y/o evolución en el sentido darwiniano del término, que ha dado como resultado la existencia de una variedad autóctona perfectamente adaptada al suelo y al clima de la comarca: la Bobal”, nos dice Carmen Pérez, directora del Instituto Valenciano de la Restauración de Bienes Culturales. ■